

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)



Miscelánea

DOI: <https://doi.org/10.35319/yachay.202480153>

Bolivia, filosofía y posibilidades...

Rodrigo Montes Rondón¹

Resumen

¿Por qué y qué filosofar? Desde el contexto boliviano y en el marco del bicentenario de independencia de Bolivia es una labor de relevancia, especialmente por las disonancias comunicacionales y de interés que poseen las generaciones actuales respecto de las anteriores, cuyos centros de atención estaban alrededor de temas políticos y ahora se centran en la relación y cuidado de la madre tierra, la estética y la ética, pero en códigos lingüísticos diferentes, o tal vez no.

Palabras clave

Antropología – contexto – estética – ética – filosofar – lenguaje

Abstract

Why philosophise, and about what? From the Bolivian context and within the framework of the bicentennial of Independence, it is a relevant task, especially due to the dissonances around communication and interests of current generations in comparison to previous ones, whose centres of attention were around political issues and now focus on the relationship and care of Mother Earth, aesthetics and ethics, but in different linguistic codes, or perhaps not.

1 Universidad Católica Boliviana.

Key words

Anthropology – context – aesthetic – ethics – philosophise - language

*“Papá, ¿qué haces?”, me preguntaba una mañana de sábado mi pequeña hija y yo, con cara de erudito, le respondí que filosofaba. “¿Y qué es eso?”, fue su inmediata pregunta, ante la que, nuevamente respondí con una definición... es el arte de pensar bonito. “¿Y para qué queremos pensar bonito?”, lanzó rápidamente su nueva pregunta. Para poder avanzar, para tratar de responder a esas preguntas que me haces y otras que surgen en nuestra vida. “Ah, entonces, filosofar es responder”, me dijo, se fue a seguir jugando, y no supe qué más decirle. Luego, recordando a Fernando Savater y su *Ética para Amador*, pensé en escribir algo para explicarle un poco más, pero abandoné rápidamente la idea, pues con alegría y no sin preocupación, aún me pregunto, realmente ¿qué es filosofar?, ¿sirve de algo?².*

Hacernos la pregunta acerca de ¿por qué y qué filosofar?, en el contexto boliviano rumbo a su bicentenario de existencia, parece no solo necesario, sino urgente, pues tiene que ver no solo con lo que pensamos o cómo nos miramos, sino también cómo estamos en este lugar concreto: ¿lo sentimos nuestro?, ¿nuestra relación con el espacio/entorno/madre tierra es el más adecuado?, ¿nos miramos de frente?, ¿o aún nos miramos unos hacia arriba y otros hacia abajo? Preguntas que no tienen una respuesta única y que, además de dialogar con lo dado desde la filosofía clásica, necesitamos complementar con las miradas culturales de nuestro país.

El contexto, nuestro contexto (valga la redundancia), nos abre a muchas miradas y posibilidades de generar no pensamientos únicos, sino

² “Charlas con Samantha”, microrrelato de autoría propia.

relaciones diversas, desde la perspectiva que generamos culturalmente con el mismo y las propias urgencias mundiales por el cuidado de la Casa Común. Pero, no queda solo en esto, sino que nos invita a tomar postura respecto a nuestra acción, ¿o será que simplemente nos vamos haciendo indolentes ante ello?, ¿será que la hiper-información a la que estamos sometidos hace que anulemos las capacidades de acción, sentido y compromiso?

En este estado de cosas, las preguntas de ¿por qué y qué filosofar? cobran mayor relevancia, porque lo que denominamos filosofía boliviana parece que siempre ha tenido un centro de atención en la esfera de lo político partidario y no en otros espacios, como el tema de la estética del arte boliviano, la ética general y no solo lo que decimos que debería ser la ética profesional, la crítica educativa, así como, aunque no lo creamos, en qué ocupamos el pensamiento en general los bolivianos.

Ahora bien, por lo dicho, ¿será que la filosofía debe ser boliviana?, como si de un pensamiento único y diferente se tratase o, más bien ¿desde lo boliviano?, pues, como decíamos, nuestra mirada y experiencia del contexto es lo que aporta su riqueza al modo de expresar nuestro pensamiento. Así, el pensar las cosas desde los diversos contextos y posibilidades de nuestro país, sin lugar a dudas aporta con una riqueza bastante interesante y que necesita explorarse más.

De igual forma, y aunque lo que decíamos antes es importante, parece que necesitamos ponernos de acuerdo en dos cuestiones previas, que esperamos ya hayan surgido también en la mente de nuestros queridos lectores. La primera de ellas es el *lenguaje*. Seguramente quienes lean estas líneas podrán asumir lo que expresamos de la misma manera en la que lo hacemos al proponerlas, pero, ¿las generaciones jóvenes?, ¿será que decodifican lo mismo?, ¿será que, siquiera, leerán esto?, y, si esta propuesta llega a otros países, ¿podrán decodificar de la misma

manera? Pues es innegable que los modismos lingüísticos y el modo de relacionarse entre sí y con el entorno, son elementos importantes a tomar en cuenta.

Evidentemente los códigos lingüísticos han ido mutando y hay palabras, relaciones y significados que se han ido diluyendo o desapareciendo para las generaciones actuales, así como los modos expresivos al interior mismo de Bolivia son diversos. Sumado a lo anterior, los intereses de los niños, adolescentes y jóvenes se mueven en esferas que no guardan relación con los de generaciones que pasan los 40 años de edad. ¿O, tal vez, sí y se siguen preguntando por los primeros principios y las últimas causas?, a su estilo, en sus grupos, con sus formas lingüísticas. Preguntas que parece que solo se multiplican en lugar de responderse y, ¿no es eso filosofar?, ¿estos giros y reformulaciones del pensamiento no son poner en una esfera distinta a la clásica lo mismo?, ¿es el lenguaje escrito el único modo de expresarse?, o más bien solo estamos encadenados a Wittgenstein y su *Tractatus*.

Lo más interesante de esto que vamos expresando es que, aunque pareciera que para las generaciones actuales la imagen es un poderoso aliado y transmisor de ideas, nosotros también podemos sumarnos pues, por el uso cada vez mayor de teléfonos inteligentes, hemos ido asumiendo actitudes y acciones iguales o más allá. Así, la imagen, más que el lenguaje escrito en sí mismo, se ha convertido en una forma comunicativa ampliamente usada, apuntalado además por el famoso eslogan marketero y de algunos investigadores que se expresan con la frase “menos es más”, el cual se ha introducido bastante en nuestra psique, tal vez sin darnos cuenta o fortaleciendo nuestra inercia.

Aplicaciones como TikTok o los videos Kwai han gestionado parte de ese cambio, y, si alguna vez de manera casual nos animamos a ver los programas de televisión (para el selecto público que aún ve televisión)

de corte juvenil, los códigos del lenguaje se mueven en esferas distintas, apropiándose de aquello que viene en los programas enlatados de la música y los servicios de *streaming*. Naturalmente, ello es bastante reduccionista, pues cuando surgió la televisión y se fue extendiendo en los hogares, también se le atribuyó el que “atontaba” a las generaciones menores; entonces, ¿seremos los que hemos ido transmitiendo esos cambios comunicativos?

Por otro lado, aunque la oralidad está presente y ha sido la forma comunicacional de la mayoría de quienes integran este país, la misma se va limitando por el uso que hace el reggaetón del lenguaje, haciendo que el léxico se reduzca a palabras repetidas, mal pronunciadas o en las que se involucra aquello que denominamos vulgaridades, circunscribiendo su mensaje a un contexto sexualizado. Críticas que igualmente podemos extrapolar a otros géneros musicales anteriores y que fueron igualmente criticados, o que, con sus bemoles, también están presentes en lo que llamamos música folklórica. Entonces, ¿será que solo reproducimos posturas e ideas con lo que se critica de moda?

Conviene decir que, en lo que llamamos subculturas urbanas que no se apegan al reggaetón, por la misma influencia de los programas enlatados, se crea un código lingüístico propio del grupo, lo que hace que sus modos no sean fácilmente manejables y, pese a que ello siempre ha estado presente, ¿será que no va mutando a una posible unificación?, o los estilos quieren seguir generando separación.

No obstante, debemos ser claros en que, aunque lo expresado hace parecer que la filosofía se dedica a un revisionismo comparativo entre el presente y el pasado, debemos olvidarnos de ello, pues solo se trata de establecer una constatación sobre el hecho que muchas cosas son reiterativas en el quehacer humano; por lo tanto, esa sensación de repetición que ya explicitábamos se hace más patente. Naturalmente, ni

nos queremos quedar ahí ni consideramos que la labor filosófica deba caer en ese reduccionismo, pero, tal vez, nos ayuda a comprender que los temas que hacen a la filosofía, además del contexto, son los mismos que nos preocupan desde la época de las cavernas.

Establecida esta advertencia, es importante observar que las reducciones lingüísticas presentadas repercuten en que nuestra *atención*, segunda cuestión previa que debemos atender, se vaya limitando, y todo lo que se basa en discursos de relativa o gran extensión se tornan pesados, no los comprendamos o los obviemos, como ocurre muchas veces con las clases en el sistema escolar y universitario o en espacios de divulgación científica, y por ello vamos cayendo en el imperio de la *doxa*, creyendo lo que nos dicen las redes sociales. Entonces, si bien filosofamos desde un contexto que nos determina, como el boliviano en este caso, la globalización nos va mostrando que las tendencias mundiales son las mismas o, al menos, parecidas.

Esta disminución en la atención y la comprensión lectora hace que textos de corta, mediana o larga extensión, posiblemente, nos sean poco comprensibles si es que nuestro léxico es escaso o no hemos adquirido todas las competencias necesarias que nos permiten inferencias para usar el contexto para determinar el sentido del texto, elementos que no solo se limitan por la preeminencia de la imagen, sino por el uso excesivo de los dispositivos electrónicos y los reduccionismos dados en las redes sociales, como ya hemos explicado.

Parece que estos elementos previos generan más complicación y preguntas que luces y respuestas. Nos traen de nuevo la pregunta de ¿por qué filosofar?, ¿será que la filosofía debe subsanar problemas de la pedagogía y la didáctica?, ¿será que debemos atender todas las disciplinas filosóficas?, ¿debemos retornar a ser la madre de todas las ciencias?, ¿cómo enfocar esto desde lo boliviano? Intentemos dar

algunas respuestas viables a estas cuestionantes y otras que han brotado y, seguramente, seguirán surgiendo a partir de la gentil lectura que vayan realizando.

Partamos de la idea que necesitamos filosofar, desde la perspectiva que proponemos, por el simple ejercicio de pensar, como acto de libertad, de creatividad, de belleza y de posibilidad. Este ejercicio parece urgente en el contexto del bicentenario nacional y de cambio de época mundial, ya que se nos ofrece como posibilidad para formular un modelo societal que se proyecte a un futuro que se nos ha ido anunciando hace mucho, pero no le hemos prestado atención, así como una respuesta contestataria a los modelos hegemónicos en los que se nos pretende enganchar... tal vez al estilo de Quino y su Mafalda, para quienes respondemos a una determinada generación, u otros que, leyendo su contexto, no quisieron rendirse a la inercia de dejar que otros decidan por ellos, como un Žižek o un Bauman, aunque podemos preguntarnos: ¿será que siempre salimos de la caja?, o creemos ilusoriamente en ello.

Lo anterior se irá materializando en la medida que fomentemos el pensamiento complejo, propuesto por Edgar Morin, contextualizando que la interacción entre los diversos sistemas existentes desarrolla unas relaciones que se tejen respondiendo a una mirada que pone acento en lo propio (intracultural), y quiere dialogar con otros diversos (intercultural), sabiendo que existen limitaciones, pues siempre miramos y aprehendemos las cosas desde nuestro contexto y momento. En este punto cabe la pregunta: ¿y no hay pensadores nacionales que nos expresen lo mismo? Pues, por los ejemplos que hemos utilizado, caemos en lo que cuestionábamos respecto a seguir solo la línea de pensamiento occidental y sus autores.

Responder tal pregunta nos vuelve a lanzar a la que nos ocupa inicialmente, solo que poniendo el tinte de valorar nuestra producción.

¿Será que las películas del grupo Ukamau no nos proponían y proponen entrar en esto complejo de nuestra vivencia?, ¿o las obras de Jaime Saénz no nos dicen algo? Y, moviéndonos en algo más actual, el estilo arquitectónico/estético/relacional de los cholets de la ciudad de El Alto, o las urbanizaciones en el oriente boliviano, o la construcción y revoques con tierra ¿no tienen algo que decirnos de nuestras maneras de relacionarnos y expresarnos?, en el sentido de apropiación y empoderamiento. Cuestiones que nos lanzan a otros elementos, pero que parecen solo reducidas a un círculo academicista y no a algo generalizado.

Y, si bien las ciudadanías digitales, que bien gestionadas parecen buenas, nos lanzan a ser parte de una creación diversa de quién somos individual y colectivamente, permiten que profundicemos, desde una antropología filosófica, nuestro sentido de ser y crear. Así, tal vez y por fin, podríamos consolidar o empezar a esbozar con mayor claridad una identidad propia de quién y qué es el boliviano, comprendiendo que también nos enfrentamos al relativismo de que el ser humano, pese a su enraizamiento en el contexto, es cada vez más plástico, cuestionando ello mucho el qué es, más que el quién es.

Así, el comprendernos necesita que nos interpretemos y expresemos, pero, ¿cómo hacerlo si tenemos problemas lingüísticos y semánticos?, ¿problemas identitarios y de asunción de quiénes somos? Nuevamente, filosofar nos puede ayudar en esa construcción de un espacio común de encuentro, en el que diseñemos no solo la sociedad que queremos, sino que acordemos cómo expresarnos y que todos vayamos comprendiendo lo mismo. El poder creador proveniente de la epistemología permitiría que, sin caer en la arrogancia, podamos profundizar no solo en la ciencia sino en ese pensamiento que decíamos antes, entendiendo lo complejo como oportunidad y no limitante, como posibilidad resiliente ante una realidad impactante y necesitada de respuestas multívocas, ante las cuales debemos ejercitar la hermenéutica y la empatía.

Entonces, ¿estamos proponiendo que filosofar es solo preguntarnos por el quién y el qué? O, necesitamos darnos cuenta que el objeto de la filosofía es el pensamiento en sí mismo. Esa mirada, que puede sonarnos reduccionista, parece que necesita complementarse con el hecho que cada pensamiento se transforma en una acción que construye, consolida, cuestiona y/o cambia ese quién y qué somos, para adaptarnos al contexto, comprenderlo y vivirlo. Puede ser que el enfoque holístico, que se va proponiendo desde hace algunos años atrás, nos permita comprendernos como seres en relación y no simplemente en posición de superioridad. Ahora bien, ¿será posible estar constantemente revisando dicha adecuación y hacerse cargo del contexto?

Parece ser que una posible respuesta a la pregunta anterior puede ser respondida con un sí, pues no podemos olvidar que la persona, como individuo y colectivo, no se encuentra en un estadio estanco, sino de permanente cambio y una realidad que le exige respuestas para que se defina claramente. Así, ¿podemos, nuevamente, definir quién y qué es el boliviano? O solo eran preguntas que se hicieron en las guerras del Pacífico y del Chaco. Naturalmente, lo dicho también nos puede hacer pensar en que todo sería relativo y momentáneo, pero, ¿cómo gestionar una estructura que sea sólida pero no pétrea?

Más preguntas que fortalecen, aunque no parezca, la importancia de filosofar desde lo boliviano, pues será lo que nos ayude en estas construcciones, en estos cuestionamientos y adecuaciones o cambios por completo de horizonte. Entonces, ¿será que ello nos da miedo, nos aterra y paraliza?, o más bien nos lanza a creer en que es lo mágico creador que abre a posibilidades.

Interesantemente, lo que hemos ido proponiendo ahora hace surgir las preguntas sobre ¿cómo transmitirlo a los demás y a las siguientes generaciones? ¿y lo que transmitimos es adecuado al contexto y desde

el mismo? Una posible respuesta es que, a través de la educación, tanto en las familias como en los centros de formación (escuelas, institutos y universidades, así como los espacios sociales), podemos ir gestionando que cuestionen si lo propuesto por las generaciones anteriores, y el mundo en general, responde a sus necesidades y contexto, o se debe hacer readecuaciones. Respuesta que, si la releemos, puede hacernos sentir que ha habido mucho discurso antes para algo que surge de lo evidente, ¿o no?, pues lo que consideramos evidente o del sentido común, no es tan sencillo como aparece.

En este entendido, no es tan evidente que el arte de filosofar seguirá coadyuvando, cuestionando, permitiendo y recordándonos que necesitamos ser libres, elemento que no siempre se consigue con la educación, pues parece que nos convertimos en repetidores de la información o la buscamos en internet, pero no la sabemos usar en su pleno potencial y nos dejamos llevar por cualquier *doxa*. Tal vez Orwell y su *1984* es una ilustración vívida de lo que pretendemos decir, pero también la respuesta a ¿por qué filosofar?, misma que puede formularse como: por ser libres, como ya establecimos antes.

Lo expresado en el párrafo anterior nos tendría que hacer pensar en ¿cómo nos caracterizamos?, ¿será que debemos hacer una hermenéutica no solo de los textos que se producen, sino de las personas, sus vivencias y expresiones? Pues, parece que, por cultura propia, solemos convivir en esferas diversas, mostrando algunas cosas al mundo y camuflando otras, tal vez muy kantianamente, pero ¿será ello lo único? O, por la virtualidad, nos vamos haciendo más amorfos y no delimitados.

Es claro que pensar, para proponer acciones, es necesario, siendo conscientes que, si decidimos filosofar como si no, hay consecuencias respecto a ello, sobre ello hay que tratar de reflexionar para tomar la decisión buena, no la mejor, ya que lo mejor es enemigo de aquello que

nos permite crecer, pues nos lleva a la ilusión de que no podemos llegar a más. Y, como seres humanos, parece que no podemos caer en ello, ¿o sí?

Con todo lo dicho, volvemos a preguntarnos ¿filosofar es necesario para los bolivianos? Para la propuesta que venimos haciendo, la respuesta es un rotundo SÍ. Así, en mayúsculas, pero desde la decisión de que ello nos lleve a la acción comprometida y sentida, pues pensar por solo hacerlo no es ni arte, y es fútil. Filosofar, tal vez, es una de las acciones que deberíamos promover, no solo en ciertas esferas sino en todo espacio posible y, qué mejor escenario que en el bicentenario nacional, pues, estamos ante una posibilidad única ya que, aunque hemos puesto muchas cuestionantes y peros, no podemos negar que esa apatía que muestran las actuales generaciones, solo son una máscara ante su necesidad de construir sentido.

De igual manera, filosofar desde la época de Sócrates hasta ahora siempre ha llevado a la acción, a la propuesta de cambio y mejora, como hemos explicitado, y son elementos que consideramos que se necesitan en el contexto boliviano, de manera que no se trate de discursos pasionales, mesiánicos o simplemente vacíos, sino de ir fortaleciendo opciones y posibilidades que nos proyecten como país.

No obstante, y para ir cerrando (o tal vez abriendo aún más) esta propuesta, cabe hacernos una nueva pregunta: ¿será que queremos filosofar? Ustedes, gentiles lectores, tienen la respuesta a ello y, esperamos que este documento les ayude a iniciar el camino. Confiamos en que sea lo que se considere bueno para nuestra hermosa Bolivia, recordándonos que nuestro arte (música, artes plásticas, cine, entre otros) son una forma de expresar nuestras ideas, necesitadas de interpretación, actualización y hermenéutica, así como las subculturas que habitan entre nosotros, algunas de las cuales simplemente ni conocemos, pero sería interesante hacerlo.

Rodrigo Álvaro Montes Rondón es Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Católica Boliviana y Magíster en Acompañamiento Pedagógico en Centros Escolares, por la Universidad Mayor de San Simón. Tiene Diplomados en Desarrollo de Empresas Familiares, Educación Superior e Interculturalidad, Formación de Educadores Populares, y Medio Ambiente, Seguridad y Salud Ocupacional para la educación en el Área Industrial. Es docente en las carreras de Teología Pastoral y de Psicopedagogía de la Universidad Católica Boliviana. Es director del Colegio Marista, Santa Cruz.

E-mail: rodrigo.montes@ucb.edu.bo; ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-5355-9199>.